

La nueva independencia

Un nuevo concepto de independencia se está abriendo camino en la conciencia de los hombres. Un concepto que rompe las limitaciones semánticas que vinculaban la independencia, en exclusiva, a la liberación de la dominación política y económica mediante la creación de espacios propios de soberanía. Es cierto que todavía quedan ejemplos residuales —tan excepcionales como dolorosos— de colonialismo clásico, uno de ellos en suelo español y otros concernientes a países de habla hispana. Pero son ejemplos denunciados repetidamente en los foros internacionales, y cuyo futuro saldo está a todas luces asegurado por el nivel de conciencia que las denuncias y las resoluciones evidencian. Sólo con mala conciencia es ya posible el mantenimiento de esos restos coloniales.

Me preocupa más, en este momento, otro tipo de independencia, cuya pérdida es compatible con una no discutida soberanía territorial y hasta con el grado de soberanía política y económica que puede caracterizar en nuestros días a un país «independiente». Me preocupa un tipo de fronteras que no están respaldadas por mojones ni accidentes geográficos, que los ejércitos no pueden defender, y que ni siquiera los tratados internacionales aseguran. Unas

fronteras que nadie podría dibujar con nitidez en un mapa y cuyo traspaso no admite trámites de pasaporte ni visado. Siempre abiertas como condición de enriquecimiento y fecundidad, pero siempre necesariamente vigiladas, so pena de la pérdida de los máximos valores que la nación soberana ostenta: la propia identidad. Me refiero a las fronteras nacionales del conocimiento, a las fronteras de la cultura.

Desde hace años, los organismos internacionales vienen ya recomendando políticas que favorezcan el desarrollo endógeno de los distintos pueblos en el ámbito económico.

Una economía meramente dependiente, en efecto, se ha revelado como una nueva forma de colonialismo, tanto más peligrosa cuanto menos evitable en función de unas exigencias de desarrollo rápido y metas de bienestar apresurado universalmente compartidas. Pero, junto a la presión y producción de bienes de consumo, se está abriendo camino en la conciencia de los hombres y de los pueblos la trascendencia de un nuevo índice de riqueza, que no sólo condiciona, en buena medida, el grado de desarrollo económico de un país y su disponibilidad de bienes y servicios, sino que afecta directamente a dimensiones más profundas del ser humano

y a niveles más esenciales de la identidad nacional: el índice de riqueza de conocimientos, la riqueza de cultura.

Y hasta tal punto este factor viene siendo cada día más significativo, que su relevancia obliga a revisar el auténtico rango de las magnitudes aparentes, tradicionalmente utilizadas como valores absolutos en los estudios económicos. El volumen de producción, los montantes de exportación, aun la cifra de trabajadores empleados en el proceso, representan índices de nivel de desarrollo poco más que fragmentarios y frecuentemente engañosos. Cada día es más habitual el que países de vanguardia encomienden a naciones que cuentan con mano de obra barata la producción de bienes, en particular de aquellos que requieren una tecnología menos sofisticada y cuya fabricación implica un mayor costo de consecuencias negativas respecto al medio ambiente y a las condiciones de trabajo. En cambio, aquéllos se reservan celosamente el poder invisible del conocimiento, la riqueza imponderable de la información científica, el yacimiento inagotable de la investigación y de la creatividad. Y todo ello, precisamente, constituye en nuestros días la base de la nueva independencia.

No es de hoy el descubrimiento del carácter liberador del conocimiento. Pero sí es contemporánea la evidencia de que no es sólo el hombre individual el que, gracias al conocimiento, amplía su capacidad de autonomía, multiplica sus posibilidades de opción y toma su destino en sus propias manos. Es de nuestros días la certeza de que también a los pueblos debe aplicarse esa apreciación. Que una independencia política y económica es ilusoria desde la ignorancia colectiva. Que un país —como un hombre— no es realmente libre si se limita a recibir pasivamente los beneficios del desarrollo, sino sólo si participa activamente en su promoción.

Y que, si penosa es la pobreza de bienes y recursos, mucho más desesperada es la incultura, que, sobre un triste presente, asegura un futuro todavía más sombrío. Más sombrío, puesto que otros pueblos no se encuentran estancados, sino en permanente tensión investigadora y creadora, profundizando así el abismo de separación, que, de forma inevitable, se decanta en relaciones de subordinación y dependencia por parte de los unos y de hegemonía y predominio por parte de los otros.

Es preciso, pues, tomar conciencia definitivamente del valor económico y político del conocimiento, en una dimensión social, además de su reconocida significación liberadora individual. Y es en esa conciencia donde la educación, como medio fundamental para la difusión del conocimiento y para su transmisión de una generación a otra, adquiere la medida de su trascendencia pública. Precisamente un tipo de educación a la altura de nuestros días, que no limite sus horizontes a la reproducción de pautas de conducta, a la transmisión de valores heredados y a la difusión de informaciones acumuladas, sino una educación permanentemente abierta a las nuevas conquistas de la ciencia y de la técnica, promotora del espíritu de innovación y cambio que define a nuestro tiempo, que cultive las capacidades creativas y las vocaciones investigadoras. Una educación, en resumen, capaz de propiciar la nueva independencia que hoy centra nuestra reflexión, como perfil de un pueblo soberano.

Nadie ignora la distancia que separa de modo progresivo y seguramente irreversible a los países productores de ciencia y tecnología y a los meramente consumidores de una y otra. Cada día es mayor el alejamiento, en el seno mismo de las distintas naciones, entre los recursos técnicos que utilizan y los conocimientos teóricos de que dispo-

nen. Frente a una disponibilidad multiplicada día a día de instrumentos altamente complejos, que llegan a los últimos rincones del planeta, la mayor parte de las naciones padece una pobreza relativa de conocimientos, que se pretenden patrimonio de un reducido número de países, patrimonio celosamente custodiado y de distribución dosificada, altamente costosa. ¿Cómo no ver en todo ello una nueva forma de colonialismo mucho más sofisticada y más difícilmente superable que los colonialismos clásicos?

Es preciso repetir una y mil veces: el conocimiento científico y técnico es patrimonio de la humanidad, y su carácter de valor común debiera estar por encima de cualesquiera pretensiones de apropiación exclusiva, que enmascaran formas inéditas de dependencia. Formas de dependencia que comportan gravísimos riesgos.

En primer lugar, el riesgo, para los pueblos dependientes, de la pérdida de la identidad cultural propia. La ciencia y la técnica no son separables del contexto cultural general. Y cuando un país exporta ciencia y tecnología, inevitablemente introduce en su equipaje un contexto de concepto de la vida y de sentido de la existencia que le es peculiar. El poder de los modernos medios de comunicación asegura la indefensión, y vulnerabilidad de los países receptores, que asumen progresivamente, de manera inconsciente, no sólo modos de hacer, sino incluso modos de ser, incompatibles con la tradición, que define su personalidad de pueblos culturalmente soberanos.

La reciente Declaración de Méjico sobre las políticas culturales ha llamado la atención sobre ello: «Toda cultura —afirma— es un concepto de valores único e irremplazable, puesto que es por sus tradiciones y sus formas de expresión como cada pueblo puede manifestar de la manera más cumplida su

presencia en el mundo.» Y añade: «Son la preservación y la estima de su patrimonio cultural los que permiten a los pueblos defender su soberanía y su independencia y, por ese medio, afirmar y promover su identidad cultural.» La Declaración llama la atención sobre el valor de los medios de comunicación al respecto. «Los medios de comunicación modernos juegan hoy día un papel fundamental en materia de difusión cultural. La sociedad debe, pues, esforzarse por utilizar las nuevas técnicas de producción y de comunicación, poniéndolas al servicio de un auténtico desarrollo individual y colectivo y favoreciendo la independencia de las naciones, preservando su soberanía y consolidando la paz en el mundo.» La vinculación de «cultura» y de «soberanía» ha alcanzado, con toda evidencia, el nivel de la conciencia internacional. Por ello, la Conferencia Mundial declara lúcidamente: «La cooperación cultural internacional debe reposar sobre el respeto a la identidad cultural, a la dignidad y al valor de cada cultura, a la independencia, a la soberanía nacional y a la no intervención. En consecuencia, las relaciones de cooperación entre las naciones deben evitar toda forma de subordinación o de sustitución de una cultura por otra.» Añadiendo él «neocolonialismo» como uno de los peligros que «la expansión e interacción de la cultura, de la ciencia y de la educación» debe eliminar.

Un segundo riesgo me preocupa en el proceso de difusión de la ciencia y la tecnología que nuestro tiempo contempla: la amenaza de despersonalización a que puede conducir la informatización generalizada. Más aún que a la personalidad de los pueblos, este riesgo afecta a la individualidad de sus habitantes. La necesidad, de uniformidad en las categorías manejables por las computadoras conlleva de manera

inevitable la abstracción de las peculiaridades que hacen de cada hombre un sujeto único e irrepetible como de cada cultura «un conjunto de valores único e irremplazable». Urge, por tanto, una acción decidida que ponga de manifiesto que «lo universal no puede establecerse de manera abstracta por ninguna cultura particular que emerge de la experiencia de todos los pueblos del mundo, al afirmar cada uno su identidad; identidad cultural y diversidad cultural son indisolubles», por seguir citando la Declaración de la Conferencia Mundial de Políticas Culturales, que en otro momento subraya: «Es indispensable humanizar el desarrollo, que debe tener por finalidad última la persona considerada en su dignidad individual y en su responsabilidad social.»

La educación tiene un importante papel que desempeñar en ese objetivo. Junto a la transmisión de conquistas del conocimiento de valor universal, al lado de la promoción de actitudes y valores solidarios de vigencia también universalmente compartida, la educación debe intensificar la progresiva personalización de sus contenidos y sus métodos, de forma que el individuo encuentre un ámbito de desarrollo y expansión de sus potencialidades a la medida de sus propias aspiraciones. El destino común está indisolublemente ligado al destino de cada uno, y jamás podremos enorgullecemos de un desarrollo que promueve la riqueza económica o cultural de la mayoría si es a costa del empobrecimiento y la ignorancia de los otros. ¡Para qué buscar adjetivos a un modelo de desarrollo que asegure el predominio de unos pocos —hombres o pueblos— a costa de la dependencia y la alienación de la mayor parte!

Quiero todavía considerar un tercer riesgo, también derivado de las nuevas formas de dependencia cultural que nos amenazan: el que representan quienes,

poseyendo los conocimientos, los administran como su propia hacienda, al margen de cualquier escrúpulo de signo solidario, y que incluso están utilizando su supremacía de tal forma que la búsqueda de beneficios inmediatos compromete su propio futuro junto al futuro común. El millón de dólares que gasta por minuto el mundo en armamento busca su rentabilidad promoviendo focos de conflicto y guerras de alcance limitado, que en cualquier momento pueden romper los cuques de contención y enfrentar a la humanidad con la seguridad de su propio holocausto. Detrás de esa estúpida inversión, que, encauzada a objetivos generales de utilidad y bienestar, podría resolver los más acuciantes problemas del subdesarrollo, se oculta una riqueza de conocimientos, un impresionante volumen de investigación científica y de invención tecnológica puesta al servicio de intereses de dominación inconfesables.

Otra consecuencia de la utilización de los conocimientos, en contra de lo que debieran ser sus razonables metas, está también alertando la conciencia de grupos cada día más numerosos de la sociedad internacional: el deterioro del medio ambiente, un deterioro que lleva camino de volverse irreversible si no se adoptan con la mayor urgencia medidas de control. Ese deterioro afecta a bienes comunes, patrimonio de la humanidad como conjunto, la atmósfera o los mares, por ejemplo, cuya contaminación masiva es una asombrosa muestra de lo que la capacidad de auto-destrucción y la irresponsabilidad humanas pueden dar de sí.

Pero si el riesgo para el conjunto de nuestra especie y de todas las especies vivas se comienza a perfilar en el horizonte, la amenaza para pueblos concretos y comunidades rezagadas en esa carrera del llamado «desarrollo» constituye un hecho presente e inmediato.

De todos es conocido hasta qué punto el bienestar de determinadas sociedades se levanta sobre la sistemática destrucción de los recursos naturales ajenos, sobre la progresiva aniquilación del medio que otros pueblos necesitan para fundamentar su propio despegue económico e industrial, imposibilitándoles así cualquier proyecto de desarrollo endógeno y asegurándoles un futuro de dependencia y desesperación.

Todo lo anterior es conocido. Numerosas voces se alzan, un día y otro, en uno u otro lugar, para denunciarlo. Pero no basta ya con denunciar. Es hora de decisiones, porque comienza a ser ya demasiado tarde. Y en esta hora de decisiones es cuando adquiere la mayor evidencia el carácter ilusorio de la pretensión de hacer frente a presiones hegemónicas de grandes potencias económicas y científicas desde la debilidad de soberanías dispersas e incomunicadas. Sabemos con certeza que los derechos de los pueblos no deben su legitimidad a magnitudes de producto nacional bruto ni de renta *per capita*, ni siquiera a cifras de población o dimensiones territoriales. Pero sería ingenuo limitarnos a repetir en voz alta el catálogo de los derechos de los hombres y de los pueblos mientras se consuma el proceso que hemos descrito. Para la mayor parte de las naciones del planeta, la interdependencia es condición de independencia. Sólo juntos podemos competir con los gigantes. Cada uno es débil para defender su identidad, y es imprescindible la búsqueda y explotación de afinidades profundas entre pueblos soberanos que justifiquen alianzas con la esperanza de éxito en tareas comunes y metas compartidas. Afinidades que tengan más que ver con la historia y las formas de vida, con los sentimientos más hondos de las gentes y el sentido de la vida del que juntos participan, que con intereses comerciales de inevitable valor coyuntural.

Es en ese reto en el que la comunidad de naciones de tradición hispánica adquiere un perfil trascendental.

No es sólo una lengua lo que nos une, aunque la lengua sea «la sangre de la casta histórica, de la arazá espiritual» —en palabras de Unamuno—, esa lengua cuya «grandeza estriba en la aportación de los países hispanohablantes, en su enriquecimiento multinacional», según recordaba en fecha solemne el Rey de España, y añadía: «no hablamos la lengua de una nación determinada: hablamos la lengua de una comunidad. Es más, de una comunidad donde las tierras y las leyes son diferentes, y la lengua es patria común. .. La lengua es nuestra herencia y nuestra investidura comunitaria». Nos une también el complejo de valores que fundamentan nuestra común filosofía de la vida, y que se expresa lo mismo en nuestras palabras que en nuestros silencios. Es la certeza de poseer «cosas consabidas», de acuerdo con aquella apreciación de Ortega y Gasset (el español que confesó haber vuelto de América «colonizado»): «en la medida en que exista lo que yo llamo "cosas consabidas", hay una unidad social, hay comunidad —quíerese o no—, cualquiera que sea la independencia y aun la autoridad de los Estados».

Las naciones iberoamericanas y España no precisan protocolos que expliquen al mundo las razones más profundas de sus proyectos de cooperación. Es un supuesto «consabido» que nuestros futuros convergen, y la sorpresa proviene más bien de la limitación de las acciones conjuntas que abordamos. «Un corazón plural»... Osada y feliz metáfora orteguiana para designar esa gran comunidad, en la que cada miembro es el centro vital del conjunto. Pues bien: mi reflexión se dirige hacia la meta de lograr hacer también una «mente plural», de nuestros pueblos, No basta ya con sentimientos y valores

compartidos. Es urgente nuestra incorporación solidaria al escenario de la carrera mundial de la ciencia y la tecnología. No podemos seguir luchando aislados, exponiendo nuestra debilidad a la presión avasalladora de las grandes potencias que dominan también el mercado de los conocimientos y la comunicación. Los mismos recursos técnicos que constituyen hoy la mayor amenaza para la pervivencia de nuestra cultura entrañan también la mayor virtualidad para su afirmación. Muy pronto van a surcar nuestros espacios satélites de comunicaciones llevando a los hogares más recónditos de nuestras tierras mensajes ajenos a nuestra idiosincrasia, culturas extrañas a nuestra identidad. Cada uno es impotente para defender esas fronteras invisibles de su propia soberanía espiritual. Todos juntos sí podemos. Sólo juntos.

En el campo de la educación y de la ciencia, España ha adoptado recientemente decisiones de importancia: la Comisión Asesora del Gobierno para la Investigación, Científica y Técnica ha aprobado en 1982 una inversión de 100 millones de pesetas para acciones de cooperación iberoamericana, entre ellos los 20 millones de apoyo al Proyecto Principal de la Unesco para América Latina y el Caribe. Ha comenzado además a abrirse camino el proyecto de creación en España de la Universidad Hispanoamericana, que promueva actividades conjuntas de investigación y docencia, una universidad abierta a estudiantes y profesores de todos nuestros pueblos. Y porqué es preciso atender prioritariamente a los cimientos, está en elaboración avanzada el proyecto de creación en los años inmediatos de hasta diez centros educativos y culturales españoles más allá del Atlántico, incluidos los Estados Unidos de Norteamérica, donde más de 20 millones de hispanohablantes se esfuerzan

con ejemplar tesón por mantener su identidad cultural en medio inhóspito.

En resumen, nos encontramos ante nuevas formas de opresión, de preponderancia de unos países sobre otros, formas y modalidades de dependencia mucho más sutiles y complejas que las propias del colonialismo convencional. Érente a la nueva opresión, la nueva independencia. La que ya no requiere espadas ni tanques ni medios de destrucción, sino libros, centros de investigación, conocimientos que aportar al acervo mundial de la ciencia. La lucha por la nueva independencia requiere, lo hemos visto, darse las manos, avanzar —especialmente unidos los pueblos «más ricos en escaseces», como diría Atahualpa Yupanqui—, haciendo realidad a escala mundial el verso de Joan Maragall referente a Cataluña: «..... un poblé qu'avanga donant-se les mans...» Conseguir esta nueva independencia pasa necesariamente por el establecimiento de un marco de colaboración ágil y dinámico con todos los países en vías de desarrollo y, en el caso de España, por otras muchísimas razones, con nuestros países hermanos de Iberoamérica, a los que tenemos que «apro-jimarnos», a los que-es necesario que nos aproximemos, porque hoy, para afrontar este desafío, no son disculpa las distancias físicas (por otra parte, inexistentes con los medios modernos de comunicación), que pretenden ocultar distancias de otra índole, océanos de otras aguas; la nueva independencia requiere no considerarnos nunca distantes y, mucho menos, distintos. Contribuir a hacer posible esta liberación significa contribuir de manera relevante al establecimiento de la solidaridad humana.

Todos los problemas que se presen-

tan en el panorama actual y previsible de la humanidad convergen en la solidaridad humana como solución. Pero, atención, solidaridad humana interpretada en términos de generosidad, de disponibilidad, de esfuerzo común. El amor no puede traducirse en monedas; la solidaridad social no puede interpretarse exclusivamente en términos económicos. Los primeros en comprender -la urgencia y la naturaleza de lo que está en juego, los primeros en «alistarse» deben ser los intelectuales, los científicos. Los que pueden aportar mayores conocimientos e imaginación. Los más responsables en conectar con las prioridades sociales y convertirlas en

realidad, para progresar en este proceso definitivo de liberación, de conquista de la soberanía personal. Conquista en la que, asimismo, tienen un papel 'de singular importancia los medios de comunicación social, para que esta actitud, esta voz, este esfuerzo conjunto hacia la nueva independencia penetre y permanezca en todas las fibras, aun las más recónditas, del nuevo tejido que intentamos elaborar. La lucha por la nueva independencia no es fácil ni será corta. ¡Deseo de todo corazón que sea la única lucha que refleje la historia de los albores del año 2000: la de todos los pueblos uniendo sus esfuerzos para conseguir la nueva independencia!

F. M. *

* Catedrático de universidad.